

en Alcázar tanto con la nueva vida a causa de estarlo, también, en los barrios bajos de Madrid y que se oyera hablar del dinero que ganaban adivinando lo que no se vé y curando con bebedizos a los desamorados, cosas todas que siguen imperando.

La presencia de Antonio el del Sr. Bernardo era habitual en la Cruz Verde, su barrio, pero ya huérfano y mientras el auge de Ceferino Canana y la Lorenza, cruzaba el Paseo varias veces al día con una gran cesta en cada brazo llena de tortas de bizcocho y con poca confianza que tuviere se te venía encima, con mirada concentrada, acentuada por el estrabismo ambivalente, diciendo:

—El Sr. Bernardo era **mu** listo, ¿verdad?, era **mu** listo. A Daniel y a Bernardo y también a Vicente les atizaba yesca, pero a Antonio decía que no había que pegarle porque le faltaba un tornillo. A Antonio no había que pegarle. Era **mu** listo, ¿verdad?. Le gustaba mucho cazar codornices, ¿verdad?. Y así seguía recordando a su padre hasta que se le obligaba a marchar o se le dejaba con la palabra en la boca. A causa de esta ocupación se le conocía últimamente por Antonio el de las tortas.

Aparte de lo que le era propio, el Paseo y el Cristo ejercían poderosa atracción sobre sus contornos y muchos salían a ellos como los conejos de las madrigueras, cuando les da el olor de la hierba que les esparce el ama y el bullir que la acompaña. Así las carbonilleras, las rebuscadoras, espigadoras y ambulantes de toda laya.

Santicos se aventuraba poco por el Paseo; todo lo más le daba la vuelta a la manzana por la fábrica de la Cera, pero lo suyo habitual era la calle Nueva, la Cruz Verde y el Camino de Miguel Esteban. Al Paseo iba más la Agapita, por causa del hombre, Talán, que era de la Estación, por vivir su familia hacia la calle de las Peñas. Antoñico y la Agapita tenían el mismo andar, un poco de puntillas, parecido a los gorriones que van a saltitos, y el habla temblorosa, con bocas grandes y muy salivosas. Parecían tontos pero no eran lerdos ni descuidados y lograron una fructífera promiscuidad con toda clase de animales y plantas dentro de su misma casa, que crecían como en una estufa de cultivo y le daba el aspecto del Arca de Noé: perros, gatos y conejos a hartar, cabras, corderos, borricos, **burches**, palomos, pollejos y hierba, mucha hierba fresca que traían a diario en sus costillas y se la amontonaban para que fueran comiendo.

El cura Tello y Juan Pablo eran mozos de un tiempo, almas gemelas y cuerpos similares, más bien pequeños que grandes, algo encorvados, fuertes y colorados, de tez retostada y sanguínea como de haberlos amantado la tierra largamente, cabezas redondas y macizas, la mirada bastante trocada en Juan Pablo y un si es no es perceptible en Don Juan, que con lo cerrado de la barba en el primero le daba cierto aspecto feroche del que hacía gala para asustar a los chicos, como también Tello con su carácter candorosamente bromístico.

Tello fué cura por la misma razón que Juan Pablo hermano de Jesús, porque estaban allí y por idéntica inclinación. No era raro encontrarlos hablando en la Cruz Verde o subiéndolo al Paseo cada uno por su lado, con el mismo aire de simple llaneza natural, a la buena de Dios y no solo conformes sino regocijados de como les iba la vida minuto tras minuto, sin preocupaciones ni responsabilidades, en la más inocente inconsciencia. Eran la inocencia misma y pudieron consumir su vida en el campo con la bendición de Dios, dado que la escasa espiritualidad